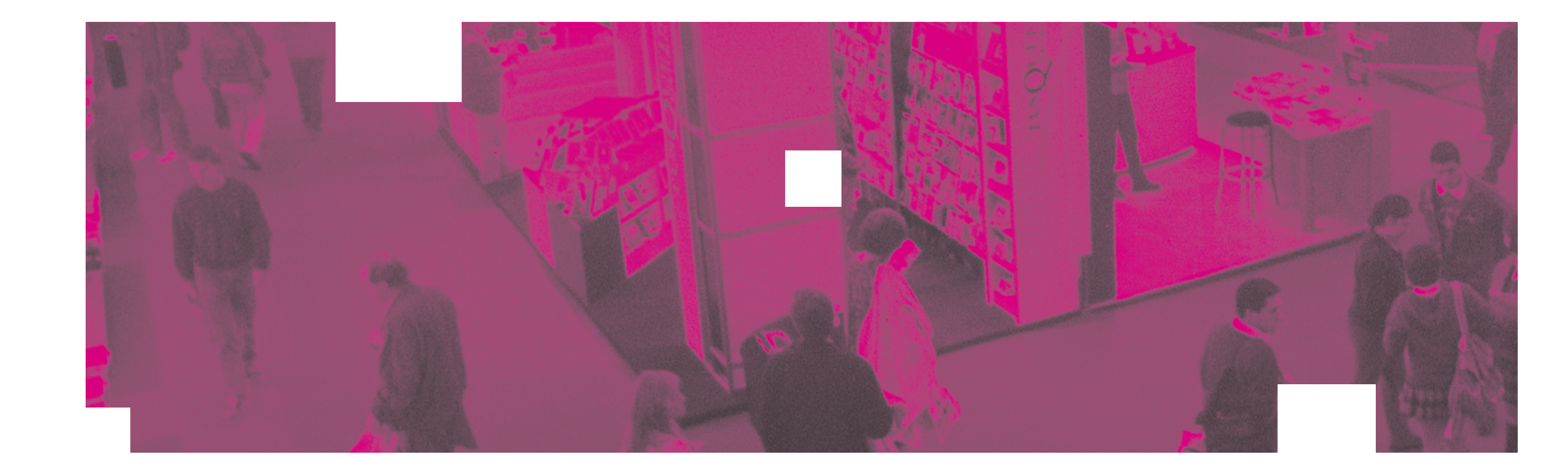
SUPLEMENTO LITERARIO DE PAGINA/12 AÑO VI N° 337 18•04•2004

RADAR libros

Arturo Carrera > Infancia y dinero
Adriana Puiggrós > Fábricas de saber
Fenómenos > Intercambio de libros, máquinas expendedoras
Reseñas > Bayer, Voltaire, el canon literario nacional



Varias generaciones de argentinos pasaron ya por la tradicional Feria Internacional del Libro de Buenos Aires, que este año cumple su trigésimo aniversario. En esta edición especial de *Radarlibros*, escritores, editores, periodistas y otros participantes del mundillo literario recuerdan su primera vez en la Feria.



POR MARTÍN DE AMBROSIO

De aquellos enrarecidos primeros tiempos, con la profética Triple A husmeando cualquier actividad intelectual –pensar siempre fue subversivo– hasta esta reactivada actualidad, pasando por los espumantes y oscuros tiempos del menemismo y por ese equívoco que se llamó alfonsinismo transcurrieron casi tres décadas desde esa primera Feria del Libro de Buenos Aires de 1975. Y en lo estrictamente literario también pasaron cosas. Por ejemplo, murieron Cortázar (1984), Borges (1986), Puig (1990) y Bioy (1999) y los escritores actuales se ven en la obligación de reemplazarlos. La Feria misma también fue mutando. De un comienzo dudoso e incierto al espectáculo de masas en el que se ha convertido en los últimos años (sobre todo desde que abandonó aquel vetusto Predio Municipal de Exposiciones y cayó en las garras del posmodernismo según lo entiende la Sociedad Rural); de excesivas simpatías religioso-militaristas (bandas tocando música de cuarteles y sacerdotes que bendecían las instalaciones) al conservadurismo liberal, pero laico al menos, que exhibe hoy.

Algunos de estos cambios-transformaciones-reconversiones se ven reflejados en los siguientes recuerdos que escritores, editores y otros habitantes del mundo del libro accedieron a desempolvar para *Radarlibros* a partir de la consigna "Mi primera Feria". Estos fragmentos, a la vez, permiten acceder a minucias, grandezas y miserias de las vidas de grandes (o no) escritores argentinos, según sus mismos colegas.

DE LOS COMIENZOS A LA VUELTA DE LA DEMOCRACIA

1974-1975

Las primeras ferias eran ferias callejeras. Una agencia de publicidad tuvo la idea, patrocinada por la Sociedad Argentina De Escritores (por eso la SADE tiene registrado el nombre "Feria Internacional del Libro del Autor al Lector", nombre estrafalario e inconveniente). La primera Feria se hizo en la calle, en el pasaje San Ireneo, cerca de Boedo y San Juan. No fue nadie. Pero los vecinos nos traían mate y galletitas, hicimos buenos amigos. Después se hizo en Barrancas de Belgrano, después en Florida, y en un cuarto lugar que no recuerdo. Esa fue la primera de todas... en Buenos Aires, porque en realidad la primera primera se hizo en Necochea, ya no recuerdo el año. Sí, perdón, lo recuerdo. Fue el año en que nació mi hijo, en 1974. Se hizo en la calle 83 y tuvo un éxito enorme hasta que un día llovió mucho y la corriente arrastró todos los stands, que eran precarios, a la manera de las ferias artesanales. Y así terminó aquella primera Feria.

Daniel Divinsky (Ediciones de la Flor)

1975

Uno de los recuerdos más nítidos que tengo es el susto que teníamos de que no fuera nadie a la Feria. Había costado muchísimo conseguir los expositores para poder abrir. Recuerdo que una de las cosas que la Comisión le pidió a Sudamericana fue que tomara un stand doble para poder decirles a los colegas que si Sudamericana iba con un stand doble, los demás no podían ser menos y tendrían que jugarse también. El primer sábado de la Feria, cuando a las seis de la tarde nos acercábamos al Predio y vimos la cantidad de autos estacionados en los alrededores no podíamos creerlo. Habíamos estado discutiendo si poníamos uno o dos empleados para atender el stand e inmediatamente nos vimos desbordados y tuvimos que reforzar la cantidad de gente para atender al público. Como la Feria se había hecho a pulmón, y la infraestructura era muy pequeña, recuerdo que por las noches, cuando se cerraba el predio, nos teníamos que quedar a contar la venta de las entradas y llevarnos el dinero a casa para depositarlo al día siguiente, ya que no había ningún banco a mano.

Gloria Rodrigué (Editorial Sudamericana)

1976

Aquel día la Feria tuvo que empezar más tarde porque hubo un problema previo a la apertura: se comentaba que iban a poner una bomba en el stand de un grupo de editoriales de izquierda, en el que iban a firmar Tejada Gómez, Liliana Heker, Isidoro Blaisten –si no me equivoco– y yo mismo. En fin, escritores que suelen ser mal mirados por la derecha. De todos modos, y pese a la amenaza, el entonces encargado de la dirección de la Feria, de apellido Manauta, decidió que se abriera igual. Lo que más me impresionó de ese día fue que cuando se anunció que Liliana Heker firmaría ejemplares, Bioy Casares –que firmaba en Emecé– recorrió a pie toda la Feria para ir a saludarla a ese stand de los "negros", de los supuestos subversivos. Fue todo un gesto de reivindicación.

Abelardo Castillo (escritor)

1977

Puedo decir que para el pibe que yo era, de trece años y del interior, la Feria era el lugar donde encontrarse con escritores, ante todo. Volví unas cinco veces, y con tantos libros como nunca compré. Recuerdo particularmente a Borges, claro, que dejaba con una fibra Sylvapén su firma diminuta, como cagada de mosca, mientras lanzaba a esa oscuridad que sólo él veía extraños aforismos: "Todos somos no videntes, yo soy ciego", o "¿Catorce años? Hay tantos escritores para leer antes que a mí". Recuerdo a Mujica Lainez, en su peor época de impostación y engolamiento, que me preguntó "chico, qué pena que uses ortodoncia..." y a Sara Gallardo, bella como una modelo y melancólica como un marinero irlandés, que estaba apurada por irse del país y que en lugar de deslumbrarse con mis cosas sólo se interesó por si me llevaba alguna materia, cosa que retenía, al parecer, a alguno de sus chicos. Quisiera recordar haber pasado de largo frente a Clarice Lispector, que languidecía en el stand de Brasil y que, según me cuenta Marcela Solá para consolarme, no firmó un solo libro. Quisiera recordarla, pero yo también fui uno de los tontos y sólo puedo lamentar el desencuentro. En fin. Como todo pibe de trece años, sentía que no había en el mundo nadie más desdichado que yo –¡en el '77!-, pero la Feria me sugirió que podía seguir escribiendo, que ser escritor no era algo que le sucediera sólo a la gente lejana en el tiempo o en el espacio y me dio una pasión por la literatura que ya nunca me abandonó.

Leopoldo Brizuela (escritor)

1979

La primera Feria la recuerdo como una Feria más chica, más escolar, casi secreta, respecto de lo que es ahora. Era la época de la dictadura, uno se encontraba con gente. Me acuerdo de recorrer mucho, nada preciso, pero me acuerdo de ese stand de gente de izquierda; había un clima de reunión de "sospechosos", según los militares. Es más bien una sensación: muchos amigos en peligro, y encontrarse con algún actor y ver que estaba vivo y estaba acá, encontrarse con gente amiga y ver que estaban bien. Así eran las Ferias de la dictadura.

Sylvia Iparaguirre (escritora)

1982-1984

El primer recuerdo es de 1982. Estaba exiliado en Madrid. Me habían asegurado que si volvía por una semana con la protección de la embajada española, no iba a haber problemas. Me atreví a dar una vuelta por la Feria. Varios colegas se hicieron los distraídos para no saludarme, fingían estar hipnotizados por la tapa de un libro y alguno que no pudo ocultarse se asombró: "¿Pero vos no habías...?". Mi verdadera primera Feria, entonces, fue la de 1984. Encuentros con amigos, abrazos con quienes también regresaban del exilio. El placer de ver sobre las mesas textos prohibidos hasta entonces, y el convencimiento de que la democracia, esta vez, habría de durar.

Horacio Salas (escritor)

1983

La primera Feria en la que trabajé para Paidós fue en 1983. No fue la Feria del destape, pero ya había pasado Malvinas y ya había campaña de los partidos políti-



cos, de modo que había un poco más de movimiento intelectual. Fue una Feria muy exitosa. Desde luego, ya que a mí no me interesa el cholulismo alrededor de los escritores, no tengo mayores anécdotas. Pero sí puedo señalar que entonces todavía las editoriales iban con todo su fondo editorial, es decir, con todos los libros que tenían a disposición. Lamentablemente, hoy eso casi no sucede, aunque nosotros tratamos de mantenerlo. Se consideraba que la Feria era la oportunidad de mostrar al público todo lo que estaba editado en el país. Lo que no estaba en librerías, ahí estaba. Ahora no sucede sobre todo porque se edita más que antes, y entonces no hay lugar.

Celia Tabó (Editorial Paidós)

1983*bis*

Mi debut en la Feria fue en la de 1983, todavía con el general Bignone en el poder, pero con la fuerza de la seguridad de las elecciones para octubre. Resultó muy emocionante por varias razones: a fines de enero había regresado a vivir a la Argentina luego de 7 años de estar en México, y había vuelto con un trabajo: instalar en el país una filial de la editorial Nueva Imagen que el argentino Schávelzon y el mexicano Alatriste tenían con marcado éxito en el Distrito Federal mexicano. Entonces, me tocó ponerla en marcha y también encargar un stand para exponer el estupendo fondo editorial, con un par de libros nuevos, entre ellos, uno de Mario Benedetti y *Deshoras* de Julio Cortázar, que reeditamos aquí. Fue una Feria conmovedora, porque el país todo, los ambientes culturales y, específicamente, el mundo del libro, comenzaban a desatarse un poquito de los tiempos fatídicos.

Carlos Ulanovsky (periodista y escritor)

LA PRIMAVERA OCHENTISTA

1984

Fui a la Feria por primera vez de la mano de mi tío. Pensó que al entrar me darían ganas de hacer travesuras, cosas detonantes, armar ruido y revolver: se equivocó. Me hizo llevar allí el que era entonces mi libro favorito; alegó que iba a hacer que la autora pusiese su firma. Al ver a esa señora, me espanté. Daba el aspecto de un gran insecto cojo que a la fuerza quería alzarse con un lugar en el mundo y tener todo el pasillo para sí. Permanecí con los ojos muy abiertos y lloré de decepción. Para calmarme, mi tío sugirió ir al primer piso a ver otro stand de libros infantiles. Subí como si acabara de salvar mi libro de un peligro atroz. Avancé entre la gente obstinada, pujante, inquieta, luchando por no perecer. No sé en qué momento del periplo mi libro se extravió. La tristeza me oscureció a tal punto la visión que no veía ni por dónde iba. Sin duda era poca cosa, pero yo lo sentía casi todo lo que tenía en la tierra. Mi tío dijo que no me preocupara, que podíamos comprar enseguida un ejemplar igual a ése. Lo miré cual si me hubiera dicho la peor barbaridad. Y así fue cómo precozmente supe la distancia entre una feria de libros y el íntimo amor de un lector.

Florencia Abbate (escritora)

1985

Una de las primeras veces que asistí a la Feria había leones que se comían a un niño en la tapa de un libro enorme, brillante, me acuerdo, en un stand de la derecha. Y fui invitado como autor de mi libro *Animaciones suspendidas*, y compartí la mesa de las firmas con Beatriz Guido, deliciosa persona y finísima escritora. Venía poca gente a nuestra mesa y Beatriz sacó una caja enorme de bombones y me instó a saborearlos. ¡Qué ricos estaban! ¡Sobre todo los de licor! Mientras los saboreábamos, ella dijo: "Quiero decirte dos cosas: primero, que veo que no sabés firmar los libros y yo te voy a enseñar, como a mí me enseñó Manucho...; y segundo: que nunca aceptes ser funcionario". ¡Y me lo hizo jurar besando un bombón!

Arturo Carrera (escritor)

1986

Mi primera Feria fue en el Centro Municipal de Exposiciones en 1986. Y, como la Feria tenía y sigue teniendo un método ridículo de asignación de los espacios, nos tocó arriba, en unos pasillitos en los que no pasaba nadie. El stand era muy chico, lo armamos entre pocos, yo mismo fui a una carpintería, diseñé una mesa, dos estantes, y lo cargué con mi hermano. Todo era así, muy artesanal. No había montacargas, había que subir las escaleras. Estuvimos varios años arriba, en el *ghetto*, gracias a ese sistema anticuado por el cual se sortean los lugares pero tienen prioridad los que tienen más antigüedad. Y los que están desde la primera Feria tienen los mejores lugares. Así uno nunca puede acceder a esos lugares; salvo que uno compre muchos metros, lo que además es carísimo.

Mariano Roca (Editorial Tusquets)

1987

Mi primera vez en la Feria del Libro está asociada a la imagen de Beatriz Guido, a su sorprendente y nerviosa afabilidad, a su collar de perlas y su hermético vestido negro, así como esa glamorosa gordura que la hacía tan jovial. Cuando la vi firmando ejemplares, me compré *Fin de fiesta* y me arrimé a ella sin pensar demasiado en lo que hacía o en lo que iba a decir. Antes de abrir el libro y estampar su firma, la Guido me miró por encima de sus anteojos –una mirada muy enérgica que yo apenas pude sostener y que, sin embargo, atesoré en mi memoria por mucho tiempo– y me preguntó a quemarropa: "¿Vos escribís?". Por supuesto, desarmado o intimidado, puse mi mejor cara de sorpresa y contesté que no. Ella se sonrió y nos despedimos con un beso. Con letra grande y perfecta, en color rojo, la primera página de ese ejemplar de *Fin de fiesta* que ya no conservo, decía: "A Walter Cassara, que algún día me dedicará uno de sus libros".

Walter Cassara (escritor)

1988

La primera vez que me presenté en la Feria del Libro de Buenos Aires fue igual que todas las siguientes: Daniel Divinsky dijo algunas cosas muy ocurrentes y chispeantes, y después yo leí fragmentos del libro que se presentaba y canté algunas canciones. Antes y después, recorrí un poco la Feria, revolví, compré algunas cosas y otras no.

Leo Masliah (escritor)

1989

Yo iba a la Feria del Libro aun antes de haber publicado algo que valiera la pena. Me encantaba. Compraba, cuando podía, libros que de otra manera no hubieran llegado a mis manos. Veía a editores y escritores y escritoras; a quienes conocía me los charlaba un poco y a veces íbamos a tomar cafecitos. Pero lo que verdaderamente me gustó siempre, desde la primera Feria, es que la de Buenos Aires fuera la única feria del libro en el mundo que olía a choripán.

Angélica Gorodischer (escritora, 1989)

DE LOS AÑOS '90 AL SIGLO XXI

1990

Los problemas que tengo con la Feria del Libro creo que se adscriben a diversos desórdenes mentales. La primera vez que fui tuve un ataque de pánico. Conducía un automóvil muy desaliñado y bastante indómito –tengo amnesias topográficas al manejar, de paso– que a la altura de la avenida Figueroa Alcorta y una rotonda donde se suponía que debía girar, siguió de largo. Me perdí, me perdí en los senderos y subsenderos que pertenecían al predio hasta que unos golpes feroces que al rato reconocí como taquicárdicos me decidieron a apretar el acelerador y regresar a mi pequeño hogar. Mi lugar en una mesa redonda que debatió sobre rock y arte, algo así, quedó vacío. No contesté el teléfono durante dos días y así es que tengo un vago regusto culpable unido a los nombres de Luis Alberto Spinetta y de Federico Klemm, que participaban del panel.

Laura Ramos (escritora)

1991

Mi primera Feria del Libro la experimenté con extrañeza porque fui sin buena capacidad en castellano. Ese laberinto de objetos, sonidos y acciones se abría delante de mí como un acordeón que cae sobre una escalera frente a un sordo: divulgaba sus secretos de manera opulenta pero yo no podía comprender todo su significado. Cada tomo y cada letra me llenaban de la expectativa de captar un mensaje, sólo para escapárseme después como una anguila en el ancho río marrón. Aparte de lo lingüístico, me maravillaba oír a la gente, tanto a los escritores como a los lectores, a todos por igual, cómo murmuraban sus melodías en ese idioma que aún no era del todo uno, sino una música, como los libros mismos no eran registros claros de ideas, sino objetos mágicos que convocaban a miles que iban ahí para imaginarse (como yo) las cosas.

Anna Kazumi Stahl (escritora)

1997

Desde 1997, cuando participé por primera vez, me di cuenta de que la Feria del Libro no es, para mí, el ámbito más adecuado para relacionarse con los lectores. Alguna vez, esperando que se hiciera la hora de la firma de ejemplares, he vendido algún diccionario al ser confundido con un promotor del stand. En otra oportunidad, una lectora decepcionada con una de mis novelas (hecho ciertamente frecuente) me exigió la devolución del importe del volumen, cosa que hice sin discutir para que el episodio no derivara en escándalo y no cundiera el ejemplo. Y no faltó aquel quien, luego de susurrar con pudor que no tenía dinero para comprar un ejemplar de mi autoría, me pidió que le firmara un libro de aforismos que llevaba, circunstancialmente, bajo el brazo. Fue así que tuve el extraño privilegio de firmar: "Con mi mayor afecto, José Narosky". El salón de libro es uno de esos ámbitos en los que corremos el riesgo de dejar de ser escritores para convertirnos, literalmente, en charlatanes de feria.

Federico Andahazi (escritor)

2001

Mi primera Feria fue cuando tenía 15 años, fue mi primer trabajo de la vida. Desde entonces, estuve en todas. Sin embargo, la más importante para mí fue la primera con Siglo XXI, porque desde el '76 no teníamos stand propio. Esa Feria fue recién en el 2001. Pusimos un stand, no bien inaugurada la editorial. Y me sorprendió la cantidad de gente que vino: nos pedían libros que hacía 20 o 30 años que estaban agotados, o que era muy difícil traer de afuera. Fue un boom, algo que no teníamos previsto. Se vendieron muchos libros clásicos que en México a nadie interesaban y acá eran muy solicitados. Eso: en la Feria no pasan cosas muy interesantes. No hay grandes discusiones, no hay muchas expectativas, uno se encuentra con amigos y ve qué están haciendo. Pero no mucho más.

Carlos Díaz (Editorial Siglo XXI)

Entrevistas: M. De A.

EL SABER DIGNIFICA

***La fábrica del conocimiento. Los saberes como patrimonio intangible de los argentinos* es el nombre de una investigación colectiva sobre adquisición de saberes en fábricas, coordinada por Adriana Puiggrós y Rafael Gagliano, que ahora llega a librerías en coedición de AppeAL y Homo Sapiens. A continuación, una síntesis del primer capítulo especialmente preparada por los autores para *Radarlibros*.**

FOTO SEBASTIAN FREIRE

POR ADRIANA PUIGGRÓS Y RAFAEL GAGLIANO

Argentina tuvo un ingreso problemático en la modernidad. Para acceder a ella, la generación de liberales posterior a Caseros fundó *ex nihilo* un país sin pasado ni raíces. Si bien ese país anterior estaba cruzado por ramificaciones rizomáticas en todas las direcciones de la política y la cultura, las hegemonías discursivas transcurrían por su negación lisa y llana. Que nuestro país se funde en la pretensión de su vida anterior, sus saberes y creencias instituyentes, marca una línea donde comienzan los recuerdos y se construyen los olvidos. La Argentina moderna se erige en una amnesia deliberada: la de los saberes, oralidades, destrezas, oficios, capacidades colectivas, convivialidades, de la Argentina preinmigratoria, criolla-aindiada-morena. Los discursos culturales y educativos de la generación del ochenta del siglo diecinueve procurarán asentar en la idea del progreso, el trabajo capitalista y la promesa del ascenso social la arquitectura del olvido. Pero ningún olvido es perfecto, todo olvido es lacunario y su misma incompletud lo convoca una y otra vez, en formas reconocibles o condensadas en nuevas significaciones expectantes de articulación con el presente.

Si nos instalamos en el presente histórico de la globalización vigente, advertiremos que el proceso de la modernidad/ modernización no es parejo, fluido e indiferenciado en comunidades y culturas. Encuentra obstáculos que ejercen presión para conservar viejos vínculos y el poderoso discurso de la televisión y de Internet, por ejemplo, se vierte sobre moldes culturales diversos a los cuales trata de domesticar impiadosamente. Pero aún no hemos visto el final de esta película. Porque, si bien en la historia hay muchos ejemplos de sometimiento de unas a otras culturas, pocos existen de disolución cultural y menos aún carentes de hibridación. De modo que la hibridación, al menos un monto de ella, participa del proceso que estamos viviendo.

El último enunciado nos lleva hasta otra frontera, aquella donde los conocimientos de la sociedad digital se encuentran con los tradicionales, preindustriales e industriales, donde la productividad que poseían saberes socialmente valorizados pierde vigencia, donde se licuan las identidades sociales, políticas y culturales que se mantuvieron firmemente organizadas durante más de la mitad del siglo XX, dando lugar al surgimiento de sujetos inéditos e irreconocibles mediante los significantes que la educación entregó a las generaciones dirigentes. Los rituales escolares, alimentando el reconocimiento de un lenguaje común entre generaciones, dieron pertenencia simbólica a criollos e inmigrantes durante décadas. Que hoy no interpelen a los niños y adolescentes se explica por la historia reciente y las muy hondas transformaciones éticas y estéticas de la cultura popular. Tal vez, la escuela pública esté atravesando un proceso de neosecularización y desritualización, más allá de las significaciones nostálgicas de una supuesta pérdida.

> **En Argentina se ha valorizado el saber militar más que el saber civil para gobernar; el saber de la acumulación improductiva de la renta agraria y de la especulación financiera más que los saberes productivos de la industria y el comercio, el saber de profesiones liberales de servicios antes que de las vinculadas con la producción material y cultural.**

Un primer intento de aproximación a la categoría de "*saberes socialmente productivos*" permite reconocerlos en aquellos saberes que modifican a los sujetos enseñándoles a transformar la naturaleza y la cultura, modificando su *habitus* y enriqueciendo el capital cultural de la sociedad o la comunidad, a diferencia de los conocimientos redundantes, que sólo tienen un efecto de demostración del acervo material y cultural ya conocido por la sociedad. Producir proviene del latín *producere* y, más puntualmente, se trata de saberes que engendran, que procrean y tienen fuerte vinculación con elaborar y fabricar. Se trata de una categoría más abarcativa que saberes técnicos, prácticos o útiles, aunque los incluye, y no tiene vinculaciones de causa-efecto simples con los cambios de la sociedad o de la conducta de las personas. Pero no deja de intervenir en la complejidad de factores que inciden en esos cambios. Es la historia larga la que evalúa la productividad social de los saberes, como ha hecho con los que generaron muchos inventores y creadores que terminaron sus días en hogueras materiales y simbólicas, pero cuyas ideas fueron rescatadas como productivas tiempo después. Hay factores diversos que inciden en la consideración de los saberes como productivos o improductivos, de acuerdo al clima de las épocas, al grado de despegue de las nuevas ideas de la cultura común y al poder del conservadurismo correspondiente. Deben considerarse las necesidades sociales, comunitarias, grupales e individuales, así como su naturaleza, para entender las razones por las cuales se consideran socialmente productivos algunos saberes y se desprecia, excluye o reprime otros. El término represión nos remite a otro factor de decisiva importancia cual es el poder de calificación y clasificación de los saberes por parte de instituciones que dirigen o dominan diversos espacios de la sociedad. El comportamiento argentino al respecto es un ejemplo muy bueno, pues en este país se ha valorizado el saber militar más que el saber civil para gobernar; el saber de la acumulación improductiva de la renta agraria y de la especulación financiera más que los saberes productivos de la industria y el comercio, el saber de profesiones liberales de servicios antes que de las vinculadas con la producción material y cultural. La valoración social de los saberes técnicos es una buena indicación del estado de los sujetos sociales que los poseen. Así como en las sociedades precapitalistas el ejercicio de ciertos rituales y la internalización de normas y lenguajes circunscriptos a capas privilegiadas eran condición para el reconocimiento de la ubicación social de los sujetos, y emergentes de su *habitus*, en la actualidad los SSP manifiestan el capital cultural que posee el sujeto, son la punta del iceberg de su *habitus* y permiten predecir sus potenciales ubicaciones en las jerarquías sociales. Analizar los saberes que los individuos poseen permite comprender su potencial capacidad de operar sobre la realidad material y simbólica.

Integran el grupo de trabajo dirigido por Puiggrós y Gagliano (y por lo tanto son coautores de este libro) los investigadores N. Visacovsky, A. Zysman, B. Mercado, M. L. Ayuno y N. Arata.

Vencidos

FOTO ARNALDO PAMPILLON

LOS ANARQUISTAS EXPROPIADORES Y OTROS ENSAYOS
Osvaldo Bayer

Planeta
Buenos Aires, 2003
276 págs.

POR DANIEL MUNDO

La memoria es una facultad que obedece tanto como desconoce la voluntad que la convoca. Sus imágenes no siempre aparecen cuando se las llama. Y cuando irrumpen, pueden llegar a reorganizar el mundo. Algo díscolo se esconde en sus entrañas. Por eso la historiografía oficial intenta reducirla a documentos: los documentos imponen una fijeza que la memoria desborda y desbarata. Los ensayos que integran el libro de Osvaldo Bayer, *Los anarquistas expropiadores*, se apoyan en la solidez documental, para ir más allá de ella y captar el costado que la historiografía deja en la sombra, y que la memoria preserva.

Los fenómenos que el libro estudia forman una memoria subterránea de la Argentina: fueron inflexiones en el devenir nacional, y hubieran podido fundar una tradición muy distinta de la que se instituyó. El anarquismo expropiador o delictivo de la década del veinte, la feroz represión policial en el pequeño pueblo de Jacinto Aráuz, el *crac* político que significó el negociado por la compra de unos terrenos en El Palomar en 1940, son algunos de los temas que se investigan. Bayer raspa la superficie de estos hechos y los hace hablar en toda su irresoluble complejidad.

El libro es una reedición de ensayos que fueron escritos y publicados en distintos momentos, desde 1976 hasta entrada la década del ochenta. Todos los ensayos comparten un estilo polifónico, en donde múltiples voces arman un relato que quedará inconcluso, aunque su sentido sea evidente. El ensayo que abre el libro y que le da el título provoca cierta conmoción. Su primera publicación, en 1976, fue secuestrada. Desapareció. Pero como dice Bayer, las obras y las ideas, a diferencia de los seres humanos, tienen la posibilidad de renacer. El largo ensayo narra la vida activa de los principales anarquistas expropiadores: Babby, Wladimirovich, Wilckens, Uriondo, Morán, y especialmente la de Miguel Arcángel Roscigna (a Severino Di Giovanni, Bayer le dedicó un libro entero).

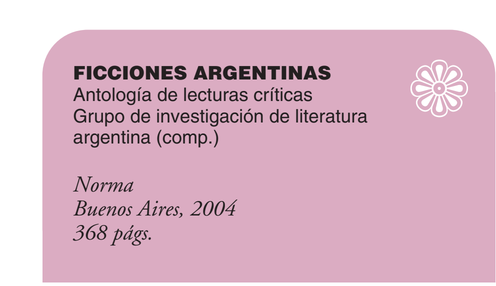
Si por un lado tenemos, entonces, la heroicidad de estos personajes, por otro lado se lee la amplitud del anarquismo en aquellos años, el afincamiento que tenía en los sectores populares, la opción política que representaba. Lo que conmociona del ensayo, de todas formas, no es simplemente el recuerdo de estos seres olvidados; es el espíritu general que lo inspira, y las palabras en las que se encarna. Difícil no remitirlo a la época en la que fue escrito.

Bayer –a pesar de lo que afirma– se propone reivindicar a estos anarquistas remotos que querían subvertir el orden de un país oligárquico e injusto, y que lucharon y murieron por un mundo más solidario.

Recordarlos en su singularidad significa reconocerlos como un movimiento que, si bien estaba fracturado y en puja, tenía claro su objetivo. Lo que estos actores no pudieron ver era la magnitud de la fuerza contra la que luchaban: la pasividad de Yrigoyen daba vía libre a toda la violencia del Estado, desde el Ejército, la policía o el Poder Judicial con sus sentencias ejemplarizadoras, hasta las brigadas paraestatales representadas por la Liga Patriótica Argentina de Manuel Carlés.

Los ensayos de Bayer se proponen arrancar del olvido los hechos que investigan. De este modo fracturan el relato lineal de la historia y cuentan una versión desplazada de ésta. La versión de los vencidos.

RUTAS ARGENTINAS



FICCIONES ARGENTINAS
Antología de lecturas críticas
Grupo de investigación de literatura argentina (comp.)

Norma
Buenos Aires, 2004
368 págs.

POR LAURA ISOLA

Que una antología de textos críticos pueda entrar en consideración bajo algunas de las definiciones que Italo Calvino planteó en *Por qué leer a los clásicos* parece una operación desviada de lectura. Aunque no tanto si se lee cuidadosamente el libro y se aprecia la estratégica construcción que el autor de *Los amores difíciles* hace de sus propias lecturas. No es ocioso recordar que en el comienzo de la obra despliega las catorce tesis sobre qué son los clásicos, cuándo consideramos de este modo y qué implica su lectura como tal, entre otras iluminaciones sobre el asunto. Pero hay que detenerse particularmente en la número ocho, que dictamina: "Un clásico es una obra que suscita un incesante polvillo de discursos críticos, pero que la obra se sacude continuamente de encima". A continuación, Calvino ordena una serie de "lecturas" sobre los clásicos que, de algún modo, guarda una distancia irónica con este postulado y es, entonces, una nueva capa de polvo sobre la *Odisea*, sobre Borges, sobre Conrad. Entendido de este modo. *Antología de lecturas críticas*, el libro del grupo de investigación de literatura argentina integrado por Florencia Abbate, Aníbal Jarkowski, Adriana Mancini, Jimena Néspolo, Renata Rocco-Cuzzi, Graciela Speranza, Isabel Stratta y Patricia Wilson, trabaja con los sucesivos sacudones que los clásicos argentinos, parece, se han sacado durante años de encima y han conformado una montaña, tan vigorosa y robusta como la literatura misma. Sin embargo, no es éste el modo, risueño y contradictorio, el que interesa para apreciar un libro iluminador.

Porque no todo es escobillón y pala, y los artículos que este libro reúne pueden organizarse en tres columnas bien separadas para, luego, volver a unirlas casi como un delicioso rompecabezas del campo cultural nacional. En primer lugar están la narrativa argentina y sus autores consagrados invocados por las lecturas que de ellos se han realizado. Luego, por supuesto, los artículos, y otro grupo de autores, ahora sí, críticos literarios, que con sus trabajos hicieron que los textos narrativos se desviaran de su curso monótono y plausible. En este sentido, en la mayoría de los artículos críticos que este volumen compila se puede comprobar cómo la crítica literaria opera sobre los textos con una variedad sorprendente de estrategias: el rescate al borde del olvido, la salvación en el momento justo para no caer en las aguas de la indiferencia, la reanimación al ponerlos a funcionar con otras series y otros autores, la decisión de discutirlos hasta resucitarlos, y una cantidad más de operaciones que suenan tan parecidas a una serie de emergencias médicas que ponen en riesgo a la comparación misma.

En último lugar, y de ahí el valor agregado de esta edición, los que ponen en relación ambas series, la literatura y la crítica, y razonan los procesos que las han acercado tanto. Por eso es que en este índice nominal Macedonio Fernández, Borges, Arlt, Marechal, Bioy Casares, Silvina Ocampo, Cortázar, Viñas, Di Benedetto, Walsh, Puig y Saer son presentados por igualmente célebres (igualmente "clásicas") intervenciones de Barrenechea, Piglia, Sarlo, Viñas (el mismo, yendo y viniendo de un lugar a otro), Jitrik, Mastronardi, Rest, Rivera, Pizarnik, Molloy, Pezzoni, Schmucler, Rosa, Masotta, Bajarlía, Roa Bastos y Gramuglio. Pero para que esta reunión sea perfecta el grupo de investigadores a cargo del volumen opera como un anfitrión inmejorable.

Los artículos, extirpados de la ominosa circulación en fotocopias y devueltos a una presentación prolija, perenne y debidamente referenciada, están acompañados por un comentario contextualizador y aclaratorio. Al pie de página, en una nota al pie tal como la que Rodolfo Walsh imaginó para su cuento, robusta e importante, los investigadores trazan con líneas precisas el devenir de cada crítica: desde los datos sobre su publicación original hasta el recorrido que ese artículo describió en el campo de la cultura argentina. En su brevedad está todo, ya que además de la lectura que hace Piglia sobre Borges, gracias a estos comentarios, se puede saber cómo es la máquina de lectura que el autor de *Respiración artificial* pone a funcionar en la década del setenta. O bien, reparar en el arte de acercar nombres dispares que tiene Beatriz Sarlo o valorar nuevamente la precocidad de Jitrik para reconocer la importancia de *Adán Buenosayres*. También es posible entender cómo y por qué Jaime Rest ubica su lectura de Bioy Casares en las coordenadas de la literatura inglesa o recordar hasta qué punto Piglia es el primero en descubrir la radicalidad del programa de Puig, entre tantos y tan perspicaces trabajos de los críticos de la crítica.

Aunque la comparación con una pequeña historia de la crítica literaria parezca la más efectiva para entender este trabajo, pensar en la cartografía tal vez rinda sus frutos. La silueta del libro dibujada como mapa, donde la literatura y la crítica son atravesadas por las paralelas de un pensamiento nuevo, el que reflexiona sobre ambas, y las deja en las mejores condiciones para ser leídas nuevamente.

Ya lo dijo Calvino: "Se llama clásicos a los libros que constituyen una riqueza para quien los ha leído y amado, pero que constituyen una riqueza no menor para quien se reserva la suerte de leerlos por primera vez en las mejores condiciones para saborearlos".

El último de los escritores felices

TRATADO DE LA TOLERANCIA
Voltaire

Prólogo de André Maurois
Trad. Ricardo Zelarayán
Losada
Buenos Aires, 2004
186 págs.

POR SERGIO DI NUCCI

Todo país admira a los autores que se merece. Y la alguna vez afrancesada Argentina, nación de metafísicos, sin embargo nunca estimó demasiado al dieciochesco Voltaire. Él, desde luego, no habría de protestar. Por los metafísicos sintió un respeto que no dejaba de tener algo de burlón. Y en efecto, si el trato que les dispensó fue frecuentemente admirativo, es porque nunca los tomó en serio. De ellos dijo, por ejemplo, que "son esos grandes hombres con los cuales se aprende bien poco".

Acostumbrados como hemos estado durante el siglo XX argentino (e incluso el XXI) a los éxitos de la filosofía continental y a los éxtasis ante la Gran Teoría (que lleva a que hoy los intelectuales nacionales ensayen sistemas filosóficos para explicar la cumbia villera o, como decía David Viñas, a citar a Proust para explicar la calle Corrientes), resulta esperable, o instructivo, o ambas cosas, el desprecio, o la indiferencia, que obra aquí sobre la vida y la obra de Voltaire. Mariano Moreno traducía a Juan Jacobo Rousseau. Al tolerante Voltaire, los argentinos se lo dejan al vasco Fernando Savater.

Como se ha dicho tantas veces, cada siglo francés se resume en una personalidad que lo acredita. El siglo XV, obsesionado con la muerte y la brevedad de la vida, llega a su clímax con Villon. Para el XVI humanista se cuenta con Rabelais, con Montaigne, con Ronsard. El clasicismo del siglo de Luis XIV no puede definirse más que con el nombre de Racine. Y el XVIII, en fin, con el de Voltaire.

Voltaire, cuya muerte apoteótica se produjo en 1778, cubrió, a partir de cartas, de artículos, de ensayos y de libros, casi todo el siglo XVIII. Desde el día después de la muerte de Luis XIV hasta la víspera de la Gran Revolución. Es imposible, por lo tanto, tomar a este hombre en bloque y la crítica concuerda en analizar su obra a la luz de dos grandes etapas, las que están separadas por el año 1754. La primera fue del todo literaria; la segunda decididamente filosófica y, más aún –si puede decirse así– periodística. A ella corresponde el *Tratado de la tolerancia* (1763), que es el panfleto que escribió Voltaire para rehabilitar a Calas, un pobre anciano calvinista al que habían condenado a una muerte infame bajo la acusación –tan falsa– de haber asesinado a su propio hijo que se quería convertir al catolicismo. El hijo no se quería convertir a nada; se había ahorcado por otras desesperaciones.

Voltaire batalló por rehabilitar al padre ejecutado y a su familia. Tuvo éxito, y los lectores de este *Tratado de la tolerancia*, que ahora aparece en una digna edición argentina, bien traducido por el escritor Zelarayán y adecuadamente prologado por el voltaireano Maurois, pueden advertir la eficacia de una prosa panfletaria, tensa hasta hacer valer sus últimas posibilidades de hostilidad y de ridiculización.

Hasta el fin de su vida (murió el mismo año que Rousseau), Voltaire libró una guerra sin treguas contra la superstición y contra los abusos del absolutismo. La Revolución Francesa estaba a las puertas, y pronto iba a guillotinar a las ninfas rococó y a los señores con pelucas empolvadas que administraban displicentes una justicia cruel ante cualquier disidencia, verdadera o supuesta. Hoy la historiografía gusta subestimar los orígenes intelectuales de la Revolución Francesa: los lectores de Voltaire pueden tratar de sopesar los límites de ese menosprecio. En 1947, Jean-Paul Sartre escribía en *Qué es la literatura*: "¿El affaire Calas era asunto de Voltaire, el colonialismo en el Congo era asunto de Gide?". Un autor del siglo XVIII, otro del XX, unidos por tantas afinidades, eran el modelo del escritor comprometido. Siguen siéndolo.

FERIA DEL LIBRO

ACTIVIDADES RECOMENDADAS

DOMINGO 18
16.00: Conferencia "La reinserción de lo histórico en lo ficcional. Un refresco del Renacimiento a través de *Bomarzo* de Mujica Lainez", a cargo de Inés de Allende. Seguidamente se presentará la Colección de la Obra Manuscrita en CD Rom, a cargo de Eduardo Arnau (sala ABC).
18.30: Mesa redonda "La literatura: del compromiso al espectáculo", con la participación de Jorge Lafforgue, Juan Martini y Dalmiro Sáenz. Coordina Pedro Rey (sala VO).

LUNES 19
18.30: Mesa redonda "Feminismo: igualdad, diferencia y poscolonialismo", con Josefina Fernández, Diana Maffia e Irene Meler. Coordina Graciela Musachi (sala VO).
20.30: Mesa redonda "¿Los periodistas son escritores?", con la participación de Sandra Russo, María Seoane, Vicente Muleiro y Oscar Taffettani. Coordina Reynaldo Sietecase (sala RA).

MARTES 20
20.00: Mesa redonda "El trío más mentado: Marta Lynch, Beatriz Guido, Silvina Bullrich", con la participación de Luisa Valenzuela, Oscar Barney Finn, María Angélica Bosco y Albino Gómez. Coordina Cristina Mucci (sala JC).

MIERCOLES 21
18.30: Se presenta el libro *La Argentina en la escuela. La idea de nación en los textos escolares* de Luis Alberto Romero, Hilda Sábato, Luciano de Privitellio y Silvina Quintero. Estarán los autores más Guillermina Tiramonti y el rector de la UBA Guillermo Jaim Etcheverry (sala VO).

JUEVES 22
19.00: Mesa redonda "Las historias de la historia", con Jesús Ferrero y Rodrigo Fresán (sala JH).

VIERNES 23
17.30: Presentación de los libros *Sobre la marcha* de Nicolás Casullo, *Filosofía de la conspiración* de Horacio González y *Lugones: entre la aventura y la cruzada* de María Pía López. Coordinan Martín Caparrós y Jorge Dorio (sala JLB).
21.00: Mesa redonda "El genocidio armenio y los derechos humanos", con la participación de Diana Conti y Eugenio Zaffaroni. Coordina Adolfo Koutoudjian (en las salas DFS y VO).

SABADO 24
18.00: Se presenta el libro *Los anarquistas expropiadores* de Osvaldo Bayer. Con el autor y Felipe Pigna (sala JC).
18.00: Se presentan los libros *Y mañana que... Diálogo con Jacques Derrida*, y *La familia en desorden* de Elisabeth Roudinesco (salas VO y DFS).
20.00: Café del Encuentro "Los recitales de poesía ¿nos invaden?", con la participación de Walter Cassara, Tamara Kamenszain y Rodolfo Alonso. Coordina Mónica Sifrim (en el Rincón de la Lectura).

COMO UN PÁJARO LIBRE

Libros entregados a manos anónimas, clubes virtuales de lectores, el desmantelamiento de la biblioteca. *Radarlibros* estuvo observando el fenómeno "contracultural" de cerca.

POR RODRIGO FRESÁN, DESDE BARCELONA

La idea se le ocurrió hace poco más de tres años a Ron Hornbaker –programador informático de Missouri, EE.UU.– y lo que uno se pregunta es si, además de ser una linda idea, es también una *buena* idea. Hablamos aquí del *bookcrossing* o "cruce de libros", la última moda en materia de hábitos de lectura y que consiste en la liberación de materia impresa. Una compulsión que algunos etiquetan como "contracultural" y otros como "sana diversión".

La cosa es así: uno compra un libro, uno lo lee, y a uno le gustó tanto ese libro que, evangélicamente, decide predicarlo a los cuatro vientos y a los siete mares prestándoselo a absolutos desconocidos. Por lo que se entra en la red, se ubica uno de los muchos *sites* de *bookcrossers* (aquel que corresponde a la ciudad en la que uno vive; muchos de ellos reunidos en el sitio global *book-crossing.com*), se inscribe uno (un alias es siempre más emocionante que el nombre propio, por lo que abundan Ismaeles, Harry Potters, Madames Bovarys, Hamlets y, por supuesto, Magas), y se apunta el título de libro y el lugar donde se piensa abandonarlo como si se tratara de huerfanito de novela victoriana para que algún alma caritativa lo recoja, lo disfrute y, una vez concluida su lectura, vuelva a "liberarlo" en alguno de los puntos establecidos –en cualquier parte de la galaxia Gutenberg– para que la cadena no se rompa y la aventura continúe.

Antes de todo esto, resulta imprescindible pegarle una etiqueta en la primera página en la que se lea algo del estilo: "¡Hola! Soy un libro *bookcrossing*. Léame y libéreme", a lo que, con el correr de las semanas y de los kilómetros se irán agregando las señas de los usuarios y de los lugares por los que se paseó el nómade objeto en cuestión obedeciendo a los dictámenes gráficos del logo *bookcrossing*: un librito con piernitas y bracitos en constante movimiento.

Tres años después del ¡eureka! de Hornbaker, la fiebre se ha extendido por todo el mundo, hay casi un millón de libros registrados en las listas de "liberaciones" y España ya es, con 10 mil socios activos, el sexto país más importante en los rankings de esta forma de desapego literario –los cinco primeros puestos los ocupan Estados Unidos, Canadá, Reino Unido, Alemania e Italia. Lo que no está mal –lo que no deja de ser raro– si se tiene en cuenta que las últimas encuestas locales apuntan a que el 47 por ciento de los españoles no leerá un solo libro a lo largo de toda la novela de su vida.

VUELTAS

Los tres mandamientos. O las tres R de Hornbaker: *read*, *register*, *release* (leer, registrar, liberar) invocadas bajo el dogma de "crear un club de lectura global y gratuito, un movimiento independiente a favor del intercambio" dirigido a lectores "generosos, viajeros y amantes de la diversión".

Orientado por el completo informe publicado por el periodista Ricard Ruiz Garzón en *El Periódico*, llegué hasta uno de los más célebres santuarios de *bookcrossers* de Barcelona, ciudad que concentra a 2278 adictos al tráfico de libros y que es una de las tres capitales ibéricas del *bookcrossing*, junto con Madrid y Bilbao. El lugar en cuestión no es un lugar sino un árbol. Un plátano hueco –bautizado como Arbol de Yago– en la esquina de Consell de Cent y Villaroel.

El perfil del *bookcrosser* –leía en el artículo de Ruiz Garzón– es "una mujer culta, políglota y entre los 30 y 40 años". Pero allí no había nadie. Me asomé a ver qué había y, horror, ahí adentro estaba, como una rata rabiosa, un ejemplar mojado –acababa de parar de llover– de *El principito*. Lo que desilusiona un poco. Porque lo interesante –lo benéfico– sería que este tipo de maniobra sectaria funcionara como fuente de difusión y contagio de autores más o menos secretos para la educación de iniciados en lugar de propagar y prolongar la influencia de nombres y títulos habitués de las listas de *best-sellers*. No es el caso; y así el ranking de lecturas del *bookcrossing* no es otra cosa que la perfecta radiografía del lector común y planetario y masivo: Allende, Tolkien, García Márquez, Follet, Saint-Exupéry, Eco, Süskind, Ende, Rowling, Saramago son los apellidos más frecuentados en las cubiertas bastante deterioradas por el tránsito y la promiscuidad. Tal vez por eso los libreros y editoriales contemplan con benigno desinterés esta pandemia que, a la hora de la verdad, no es otra cosa que una mezcla de biblioteca con búsqueda del tesoro. Si ésos son los títulos que más rotan, entonces no hay peligro para ellos: porque son títulos que se van a seguir vendiendo más allá de que un puñado de románticos ("que se pasan los libros con la misma transgresora complicidad con que se pasa un porro", ironizó el editor Daniel Fernández de Edhasa) o de oportunistas que aprovechan la movida para sacarse un montón de libros malos de encima. Mientras tanto, Hornbaker ya acepta anunciantes en su sitio (la librería virtual *Amazon.com* es uno de ellos), ha sacado al mercado una coqueta línea de *merchandising* (gorras, camisetas, etc.) y asegura que todo esto es "para la financiación y mantenimiento de un trabajo hecho por amor al arte".

IDAS

Y, por supuesto, ya hay en Barcelona clubes de *bookcrossers* que se reúnen a intercambiar opiniones, propuestas, recomendaciones y hasta para escribir un libro colectivo –*Lecturas cruzadas*– en el que se narran los encantos y placeres del *livin' la vida bookcrossing*. Algo así como esos ya añejos y siempre efectivos provincianos clubes del libro. La gracia de todo esto –su efímera novedad– está dada, supongo, por el aspecto electrónico y on-line donde hasta hay lugar para el morbo y el misterio *swinger*.

En lo personal, no sé, hay algo que no me convence del todo. Sobre todo –imposible evitar un escalofrío– cuando leo las palabras de Yagobcn, seudónimo que esconde a un guionista de 30 años, quien descubrió y fundó el Arbol de Yago antes mencionado: "Me gusta sentir que los libros tienen alma, pasado e historia... Por eso pido a los *bookcrossers* que escriban, rayen y personalicen los libros que envío. Nada me aburre más que un libro virgen: es como hacer el amor con guantes".

La idea de que un libro bien cuidado sea un libro "virgen" y uno manoseado y garrapateado sea un libro más "experto" a mí me parece un tanto desagradable. Una cosa es practicar el sexo libre y otra exigirlo como credo de lectura; y, a la hora de los libros, lo siento: a mí me gustan limpios, bien cuidados, y fundamentalmente míos, míos y míos. Fui educado en la idea de que la biblioteca doméstica acaba siendo un mapa revelador de la propia vida –una suerte de autobiografía escrita por otros–; en el raro placer de comprarse un libro antes de experimentar el placer de leerlo; y en el temor de que, salvo contadísimas excepciones, libro que se presta no vuelve. Así que no puedo evitar contemplar esta legitimación de la propiedad pública y literaria con el ceño fruncido: la biblioteca es territorio burgués o –mejor todavía– aristocrático. Y todo este franeleo utópico-comunal, bueno, no sé... Y no ocuparé espacio asentando lo que piensa el escritor que hay en mí de todo esto salvo que nada le dolería más que el improbable encuentro con una de sus criaturas súbitamente dotadas de alma, pasado e historia, pero con el inequívoco aspecto de haber sido violada por una jauría de *bookcrossers* en celo.

Me permito, sí, una predicción aguafiestas para esta fiebre que por ahora consume a 350 nuevos enfermos al día y libera cerca de 2500 ejemplares cada 24 horas: agotadas las obras completas de Follet y de Gordon, los *bookcrossers* mutarán a *videocrossers* o a *dogcrossers* o lo que venga. Y las bibliotecas seguirán siendo bibliotecas.

Y, no, no pienso prestarle ese libro a ningún desconocido –con los problemas que me traen los conocidos me alcanza y sobra– y muchísimo menos meterlo adentro de un árbol. Los árboles se usan para hacer libros y no para deshacerlos, pienso.

Para engañar el estómago

Así como hay golosinas que salen escupidas de máquinas expendedoras, ahora hay libros que, al módico precio de un euro, salen presurosos de las mismas máquinas automáticas para saciar la bulímica ansiedad de los lectores al paso.

POR ARIEL MAGNUS, DESDE BERLIN

Libros en el supermercado. Hace tiempo que son parte del paisaje, pero aún causa cierto escándalo verlos en góndolas. Porque se supone que no deben ser elementos de consumo masivo, porque su orgullo apenas si soporta la cercanía de un disco o de un video, porque no es cuestión de ceder así como así un aura incubada durante siglos, los libros son los únicos elementos que parecen fuera de lugar en ese sitio donde casi todo lo vendible acaba teniendo su nicho. Sus promotores no lo ignoran y por lo general tienen la delicadeza de colocarlos en las secciones más alejadas de la comida, al final del degradé que inaugura la electrónica o los artículos de papelería o los demás extras que han hecho del simple mercado un "súper" o un "híper" de su ya ecléctica especie. Ahora, en Berlín y en otras ciudades de Europa, una nueva variante pretende borrar incluso esta pequeña concesión a la honra del mejor amigo del hombre después del perro. Libros en máquinas de comida. Y eche un euro en la ranura, si quiere ver la vida color de prosa.

PALITO, BOMBON, LIBROS

"Todo comedor es también un lector", razonó el año pasado la editorial SuKuLTur y decidió hacer la prueba de vender libros en máquinas de comida. "Lo que más nos ayudó es el hecho de que los mismos dueños de las máquinas no saben qué es lo que vende y qué no", recuerda Marc Degens, director del programa y cofundador de la editorial. Después de un buen tiempo de pruebas (se buscó un papel que resistiera el ambiente refrigerado de las máquinas), en diciembre del 2003 se lanzaron los cuadernos de un euro, con un muy buen recibimiento de parte del público y una repercusión mediática sin precedentes para la pequeña editorial. No es un gran negocio, pero funciona. "Esto es muy simple –afirma Degens–. Si vendemos tanto o más que los otros productos, nos quedamos. Los números deciden. Nuestra ventaja son los bajos impuestos y que los libros no tienen fecha de vencimiento." Las máquinas de comida intelectual están ubicadas en hoteles, bares, centros culturales, estaciones de subte y hasta en regimientos. Cada máquina cuenta con varios títulos distintos, que van cambiando a medida que avanza el espiral que los sostiene.

Pero lo que distingue a estos libritos amarillos de 16 a 24 páginas no es sólo su escaso precio o su curiosa vitrina. "Nuestro objetivo principal, además de no perder dinero, es llamar la atención sobre textos poco comunes de autores poco conocidos", explica Degens, él mismo uno de esos autores. Al contrario de lo que sucede en los supermercados, donde lo que se vende automáticamente son los *best-seller*, las firmas y los títulos de estos cuadernitos automáticos pertenecen a escritores bastante ignotos, incluso para los locales. "En principio, todo lo que esté en nuestra línea puede ser publicado, sea prosa, lírica o teatro", dice Degens, haciendo referencia a "las raíces de la editorial SuKuLTur, que viene de la escena del comic y del punk, el pop y la ciencia ficción, el espacio alternativo de los noventa".



La renovación es importante también por motivos de venta: un cliente de máquina compra dos veces la misma barra de *muslix*, pero no el mismo libro. Interrogado acerca de si la nueva estrategia de venta no pone en peligro a las ya amenazadas librerías, Degens es categórico: "Los libreros no nos ven como peligro o como competencia sino como complemento. Nuestro deseo es que luego de comprar en la máquina, el cliente vaya a la librería y haga lo mismo con alguno de nuestros libros más gordos".

Y EN EL 2004 TAMBIÉN

Desde 1992, SuKuLTur viene promoviendo autores jóvenes, contestatarios y en su mayoría inéditos a través no sólo de libros sino también de revistas literarias, comics, videos y CD. Entre sus actividades se encuentra también la organización de eventos culturales y lecturas públicas en espacios under de la ciudad. También es la responsable de *www.satt.org*, una revista literaria "sin impresión y sin fin" de exclusiva aparición en Internet.

La máquina de libros es su última novedad pero, como todo en la vieja Europa, también ella tiene su tradición. La legendaria editorial Reclam, la de los clásicos amarillos y milagrosamente económicos, trabajó entre 1912 y 1940 con expendedoras de libros, de las que llegó a tener unas dos mil. Se supone que también existieron policiales en máquinas de cigarrillos y alguna que otra expendedora de gaseosas que ofrecía comics. La diferencia, ahora, es que esta camada de libros enmaquinados compiten contra las golosinas. Será cuestión de ir acostumbrándose al nuevo cambalache de ver reír a un libro junto a un mantecol.

FERIA DEL LIBRO

NUNCA TE ATREVISTE A TANTO

La asistencia a las siguientes actividades queda bajo la exclusiva responsabilidad de los concurrentes a la Feria.

DOMINGO 18
15.00: Escuela de cocina y taller "Los chicos en su salsa", a cargo de Marcela Barbaro y Silvia Belocopitow. Peligro: introducción práctica al canibalismo (sala RA).
21.00: Presentación del libro *Bajo el árbol amigo.* Una invitación a profundizar en una nueva visión del mundo, de Frederic Solergibert (sala RA).

MARTES 20
20.30: Presentación del libro *La misión es amar. Apuntes para compartir con voluntarios en la Iglesia* de Pablo Muttini (sala DFS).

MIERCOLES 21
19.00: Presentación del libro *Poesía mayor* de Pipo Pescador (sala Leopoldo Lugones).
19.00: La División Prevención Social de Toxicomanías de la Policía Federal organiza la mesa redonda "La educación como prevención" (sala RA).
20.00: Presentación de los libros *Curso de Feng Shui completo* y *Curso de Eneagrama esencial completo* de Claudio Alejandro Moraga (sala DFS).

JUEVES 22
16.30: La Asociación de Escritoras y Publicistas Católicas presenta una mesa redonda titulada "Desafíos hoy para la educación y la familia" (sic), con la participación de María Cristina Bobbio de la Torre, María Inés Montaldo de Figueiras y Araceli Ramilo Alvarez, entre otros (sala AS).

SABADO 24
18.00: Mesa redonda "Aportes de la masonería a la cultura argentina". ¡A cara destapada! (sala JC).
20.00: Presentación del libro *La mujer sacerdotal o el sacerdocio del corazón* de Jo Croissant.

FERIA DEL LIBRO

DATOS GENERALES

Bajo el lema "30 Ferias a libro abierto" quedó el último jueves inaugurada la Feria del Libro Buenos Aires. Este año las palabras iniciales estuvieron a cargo del escritor Abelardo Castillo. Como sucede desde el año 2000, el evento funcionará en las palermitanas instalaciones de la Sociedad Rural Argentina, en la zona de Plaza Italia. El ingreso se realizará tanto por Sarmiento 2704 como por Cerviño 4474. Este año la Feria se extiende unos días más allá de lo habitual, ya que recién finalizará el domingo 9 de mayo. Estará abierta todos los días (incluido el 1º de mayo) y los horarios serán: de domingos a jueves de 14 a 22 horas y los viernes y sábados de 14 a 23. La entrada seguirá costando 3 pesos y, al igual que otros años, se descontará en las compras de más de $ 30 en un mismo stand. Los menores de 12 años ingresarán gratis acompañados por un adulto; estudiantes universitarios, docentes y jubilados deberán acreditar su condición para ingresar gratis de lunes a viernes. Para visitas grupales de estudiantes primarios y secundarios hay que realizar solicitudes por vía telefónica (4374-3288) o vía electrónica (*escuelas@el-libro.com.ar*). Como novedad, este año vuelve el premio que la Fundación El Libro solía en otros tiempos otorgar a las mejores obras literarias locales. El galardón será en este caso otorgado a la mejor creación literaria del trienio 2001/2003.

ANTICIPO

EL NIÑO PERONISTA

Después de *La banda oscura de Alejandro* (1994) y de *El vespertillo de las parcas* (1997), y apenas aparecido su bellísimo libro mexicano, *Carpe Diem* (filodecaballos editores, noviembre de 2003), Arturo Carrera vuelve en *Potlatch* a uno de sus territorios más característicos, la infancia, esta vez para proponer una historia y una analítica del dinero. A continuación, *Radarlibros* ofrece un anticipo exclusivo.

POR ARTURO CARRERA

Que la confidencia efímera no se transforme en parábola. Pero necesito escribir un breve prólogo. Escribo este libro como continuación de los anteriores, donde las series tíos, primos, abuelos, padres, abuelas, tías, primas, pequeñas parcas... parecían carecer todavía de esa amalgama de representaciones que une, liga los órdenes que simulan la gran indiferencia de la infancia. Y ese pega-pega es el dinero. Y sobre todo ese aparente apagón de sentido: el dinero en la infancia. Cuando no sabíamos lo que era –cuando era sólo el eco de un valor que pudo llamarse música. Y cuando no se había esclerosado bajo ninguna denominación donde juntos, la palabra y el dinero, son forzamientos, "inequidades metafóricas".

EL ESCRIBA RELEE

Pringles, julio, 1954

perro
pe rro
rr o rro
rr o rro
carreta ahorro arruga
parral arriba parrilla

La carreta va totalmente cargada

¡Ahorra!
La Caja Nacional
de Ahorro Postal espera tu depósito.
¡Hazlo ahora que puedes! Te lo devolverá cuando más lo necesites.

EL ESCRIBA ESCRIBÍA

Pringles, febrero, 1954

muñeca
mu ñe ca
ñe **ñe**
Ñ ñ Ñ ñ

chuño **moñito** *pañal*
pañuelo *araña* **ñandú**

SUEÑO FELIZ
Lidia Tuñón soñó que Evita le mandaba una muñeca.
Le contó a ella su sueño en una carta y a fin de año tuvo la muñeca soñada.
Desde entonces Lidia es muy feliz.

EL ESCRIBA REESCRIBE

Pringles, invierno, 1954

UNA OBRA DE AMOR

Dora besa con ternura a su muñeca.
Norberto construye la casa y Fernán acaricia el rifle que siempre quisieron tener.
Mientras los mayores se lucen en las canchas de fútbol, los más pequeños viven un sueño en la Ciudad Infantil.
Trenes llenos de niños felices que ríen y cantan recorren el país.
Es el milagro de la Fundación Eva Perón.
En la Nueva Argentina los únicos privilegiados son los niños.

EL ESCRIBA REPITE

Pringles, mayo, 1954

CANCIÓN DE CUNA

La ovejita mé,
la ranita cuá.
Duérmete mi nene
que es muy tarde ya.

El gallito quí,
las gallinas có.
Ya se duerme el nene
ahorró, arrorró.

La vaquita mú,
el canario pí.
En mis brazos, nene,
duerme, duerme así.

"Mejor que prometer es realizar."
Perón